

El archivo como diversidad, la diversidad como historia visual

Los papeles tras la cámara

AMPARO CADAVID BRINGE

2014, 171 pp.

Polvo eres. El correr del tiempo

JULIA BUENAVENTURA

2014, 176 pp.

Retratos en blanco y afro

SOL ASTRID GIRALDO ESCOBAR

2014, 208 pp.

Lo que puede un cuerpo

RUBÉN DARÍO YEPES MUÑOZ

2015, 176 pp.

Ministerio de Cultura de Colombia,
Bogotá.

COMO ESCRIBÍA Jacques Derrida en su conocido y extraordinario libro *Mal de archivo*, los archivos tienen quizás mucho de “casa”, de residencia, de “lugar donde”, del “allí donde”. En su texto clásico el filósofo francés se preguntaba, además, con una lucidez implacable y muy tempranamente —a mitad de los años noventa del XX—, sobre el nuevo papel de los archivos en la sociedad de la hipercomunicación, que vaticinaba tímidamente nuestra sociedad actual. Si el archivo es el lugar de los desplazamientos y las deslocalizaciones, en el cual las partes divergentes se reúnen como en el domicilio, ¿cómo preservar en un mundo hiperinformado, más incluso hoy que cuando Derrida escribía el texto? ¿Cómo modifican esos nuevos soportes, portales, redes... la esencia misma del archivo entendido a la manera tradicional y, con ella, la noción de memoria?

Sepodría incluso decir que debido a ese cambio de paradigma, los archivos plantean en su propia estructura un asunto básico para el momento que vivimos: los archivos tienen bastante de diversidad, de capacidad de convivencia entre partes divergentes que se reúnen en la noción de “casa”, falsas serialidades que se convierten en una historia que al tiempo es fracturada y continua.

La colección Monografías de Artistas Colombianos funciona un poco

como ese archivo “casa” del que habla Derrida y que reúne las partes en la divergencia y las subraya en la diversidad. Dicha colección de textos, un proyecto del Área de Artes Visuales del Ministerio de Cultura de Colombia que en los últimos años ha contribuido a presentar la escena artística del país, es el resultado de las Becas de Investigación que otorga este Ministerio desde el año 2011 y se centra en la publicación de monografías de artistas colombianos activos en los últimos cuarenta años. Se podría decir que este conjunto de libros da cuenta de la diversidad del arte y los artistas en Colombia, no solo en cuanto a las áreas geográficas que hasta cierto punto determinan las costumbres y los relatos —y por lo tanto las preguntas que se generan—, sino también en cuanto a los temas abordados y los modos de abordarlos, incluso al medio escogido (fotografía, performance, escultura, instalación...).

Cada uno de estos artistas —o de estas artistas, pues las cuatro reseñadas aquí son mujeres: Marta Rodríguez, María Elvira Escallón, Liliana Angulo y María José Arjona— es presentado por un docente, crítico, editor, historiador..., quien reflexiona sobre la trayectoria y las aportaciones de los creadores a través de un discurso ensayístico —en los cuatro libros, muy estimulante—. Los libros proponen un esquema —semejante en todos los casos— donde el material visual es básico. De hecho, ese material visual se presenta a veces al final del volumen como una parte con entidad propia y, de cualquiera manera, el énfasis que la colección da a lo visual queda patente a lo largo de las páginas. Sin embargo, y es una de las particularidades más notables de la colección, se trata de libros casi de bolsillo, impresos en rústica, sin el formato de tapa dura al cual nos tienen acostumbrados a menudo los libros mejor ilustrados.

Otra vez la noción de archivo que surge desde el texto de Derrida se instala entre los pensamientos que surgen a partir de la colección Monografías de Artistas Colombianos: en el mundo actual pueden convivir los diferentes formatos de publicación sin que sean imprescindibles, como hace años, la tapa dura para un libro bien ilustrado, o un texto sin ilustraciones para un ensayo riguroso. Es más, se

diría incluso que esta colección de bolsillo acaba por ser un curioso museo portátil del arte colombiano de los últimos años, una especie del museo-maleta de Duchamp, que alberga las obras miniaturizadas del artista. Aunque no solo eso. A través de las becas, la colección ofrece además una oportunidad extraordinaria a artistas e investigadores para construir desde su diversidad la historia de la escena en tiempo real, archivo privilegiado donde la historia está ocurriendo.

Lo anterior es evidente en los libros aquí reseñados, que se centran en el trabajo de cuatro creadoras muy distintas, si bien en todos los casos esenciales para entender los cambios que han tenido lugar en Colombia estas últimas décadas. Como es visible en los ensayos que acompañan el trabajo de cada una de las creadoras —todos de una enorme calidad e iluminadores de esa diversidad—, aunque se trata de cuatro trayectorias diferentes, sobrevuela cierta preocupación común por lo social, la memoria olvidada, la memoria impuesta, lo borrado, o hasta las variadas formas de violencia...

Es el caso de Marta Rodríguez, una de las documentalistas colombianas más radicales, quien ya en la década de 1970 volvía su mirada hacia lugares de exclusión para reflexionar sobre los mismos a través de su objetivo, como bien lo analiza Amparo Cadavid Bringe —docente y comunicadora bogotana— en *Los papeles tras la cámara*, un texto que es en sí mismo una especie de documental. De alguna manera lo borrado vuelve a ser el tema de la producción fotográfica y de las instalaciones de Liliana Angulo, quien dedica sus trabajos a reflexionar sobre las representaciones sexistas y racistas que crean los imaginarios. Como no podría ser de otro modo, este es el hilo conductor de *Retratos en blanco y afro*, texto en el cual Sol Astrid Giraldo Escobar —filóloga y curadora antioqueña—, a partir de una escritura crítica y potente, teje el hilo que respuntea el relato de Angulo con la historia de la invisibilización de las personas afrodescendientes y las mujeres.

Polvo eres. El correr del tiempo, el octavo libro de la colección, está dedicado a María Elvira Escallón, cuyos trabajos sobre la memoria y sus modos

de construcción, que implican cierta pasión por los relatos —empezando por la reconstrucción acerca del aerolito de Santa Rosa de Viterbo, que imagina vagando ligero por el universo—, aparecen muy bellamente descritos en el texto de la crítica e historiadora bogotana Julia Buenaventura. Por último, Rubén Darío Yepes Muñoz, docente y crítico antioqueño y autor de *Lo que puede un cuerpo*, dedicado a la performer María José Arjona, traza una trayectoria inteligente en la que el cuerpo de la artista es un poco un cuerpo del delito, violencia a ratos, como fuerza física más allá de las metáforas.

Así, diversa como las formas que ha ido tomando el arte en Colombia estas últimas décadas, diversa como los textos que acompañan a cada una de las artistas, es esta colección de monografías. A medida que avanza la lectura y se explora el material visual, se va haciendo fuerte la idea de estar en un museo donde la historia es al tiempo fracturada y continua, igual que nuestras actuales formas de narrar.

Estrella de Diego